

# LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIÓDICO POLÍTICO.

ESTE PERIÓDICO

se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20,  
24, 28, y último de cada mes.

DIRECTOR:

ANTONIO G. LLORENTE.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

PLAZUELA DE STA. CATALINA DE LOS DONADOS,  
núm. 2, cuarto bajo.

## POLÍTICA PARA ULTRAMAR.

Desde hace poco tiempo oímos formular en la prensa de cierto color, en el Congreso, y en algunos círculos políticos, una frase, dicha unas veces con timidez y recelo, otras con marcado despecho, y las más expresando una rencorosa contrariedad; pero son pocos, y muy señalados y siempre los mismos los que la pronuncian.—No nos hubiéramos ocupado de esto á no haberse traducido en un acto de gobierno y en un suceso gravísimo, lo que sirviendo de satisfacción á unos pocos, va á convertirse en motivo de descontento profundo para muchos, que verán un agravio y una amenaza en lo que aquí se ha hecho con una indiferencia lamentable.

«¿Por qué se ha de oponer Cuba á que se discutan las reformas políticas de Puerto-Rico?»  
«¿Por qué han de ser tan egoístas sus habitantes, que procuren privar á Puerto-Rico de lo que Puerto-Rico desea, cuando nada tienen que ver los asuntos de una Antilla con los de la otra?»

Este ha sido uno de los temas constantes de la política ultramarina desde que llegaron los diputados de la pequeña Antilla, y desde que modificaron algunos de estos las ideas que traían. La política que desde entonces comenzó á ganar terreno, no fué la que ciertamente iniciaron todos los diputados puertorriqueños, ni la que en exposiciones y cartas indicaban los españoles leales desde Cuba, sino la que se tenía preconcebida en la materia, sin consideración de lugar ni circunstancias, como es costumbre entre los fanáticos de escuela ó entre los que contraen compromisos sin calcular su trascendencia.

El hecho es, que desde que las simples conjeturas pasaron á realidades, desde que la forma embrionaria en que aparecían ciertos proyectos tomó visos, carácter, é importancia de acto político, las alarmas surgieron en todas las personas que se interesaban por la conservación y porvenir de las Antillas. Conocido el pensamiento político que presidía en ciertas personas, la zozobra y el disgusto se hizo pronto sentir.

No seguiremos paso á paso las distintas fases de las enojosas cuestiones que han creado un triste antagonismo entre tal política y la población leal de Cuba: no entraremos á analizar en el fondo, todos ni cada uno de los proyectos que con tan admirable fecundidad se han dado á luz; no nos ocuparemos de la penosa impresión que han ido causando en aquel país tan fiel á su metrópoli; ni siquiera de la universal impopularidad que allí ha conquistado esa conducta.

Solo nos fijaremos en el más trascendental de ellos, y en el que la isla de Cuba en masa ha visto un inmenso peligro si se promulgaba antes de concluir la guerra que la aflige.

Cuando en Cuba se tuvo conocimiento de esa constitucion, las opiniones fueron unánimes, y por los mil medios de manifestacion que están al alcance de un pueblo, llegó á Madrid la expresion de sus temores y de sus esperanzas: el partido liberal conservador de España apoyó esos votos, la opinion pública mostró su asentimiento con su silencio, y solo seis de los diputados de Puerto-Rico con algunos funcionarios del Ministerio de Ultramar, fueron los que se obstinaron en que debía discutirse y votarse lo que los cubanos creían inconveniente mientras no cambiaran las circunstancias que atravesaban.

Desgraciadamente, esta cuestion que jamás debió hacerse de partido sino nacional, se debatía cuando estaba próximo ó en ciernes el rompimiento de las fracciones radical y conservadora de la Cámara: verificada la ruptura, se ha puesto sobre el tapete, exponiendo á los azares de una discusion, lo que siempre fué en España superior á los intereses de partido ó á los rencores de la pasion política: la conservacion de las Colonias. ¿Se ha querido hacer con ellos un primer alarde de independencia conquistada? ¿Se ha intentado intimidar á adversarios que quedan en minoría? ¿O es que se insiste en la funesta ceguera de no reconocer que puede llevarse la perturbacion á una provincia dichosamente tranquila hasta hace poco?

El ánimo se abisma investigando los verdaderos móviles que han arrastrado precipitadamente al debate una de las cuestiones más graves que podían ocupar á las Cortes, tan grave, que el mismo ministro se asustaría de lo que ha hecho, si en vez de la fiebre revolucionaria que á todos ofusca, la hubiera contemplado con la calma de las épocas normales, y exento de las irritaciones que deben causarle tantas contrariedades inesperadas, y tantas protestas legítimas y sinceras.

El Sr. Becerra no es arrastrado en este asunto por la fraccion á que pertenece.

Las Antillas tampoco apremiaban.

La diputacion de Puerto-Rico está dividida en pareceres contrarios en este asunto.

A la efervescencia de la reciente ruptura de la mayoría, han sucedido relaciones corteses.

Si todo esto sucede, no podemos atribuir ese empeño más que á una tenacidad intratable, ó á compromisos de otra índole, de aquellos precisamente que lastiman la fiereza nacional, pues suponen ingerencia del extranjero en nuestros asuntos, y sumisa debilidad por nuestra parte.—Pero esto nunca

daba derecho á la desdenosa repulsa que se ha usado con los españoles de Cuba, ni á hacer alarde de ello.

Sea lo que fuere, pues nuestra mision no es hoy fiscalizar intenciones, lo incuestionable es, que la sola discusion de esa constitucion va á agitar intereses y pasiones adormecidas, á crear desconfianzas y temores, á aumentar alarmas, á recrudecer odios, á relajar el principio de autoridad en Ultramar, á engendrar antagonismos de raza, á precipitar la cuestion social con sus fatales perturbaciones, á impresionar hondamente aquella sociedad tan distinta de la nuestra, que si la guerra no habia afectado más que en su superficie, la imprevision de Madrid va á conmover hasta en sus entrañas. ¡Ay de la Nación, ay del poder que habiendo tenido en sus manos la dicha y la prosperidad de un pueblo le impone la desgracia por error ó por otros móviles! Deshonra, y solo deshonra es lo que podrian ostentar en sus frentes en lo futuro los autores de tales infortunios si llegaran á consumarse.

Por otra parte, y sin llegar á tales extremidades, ¿quién no ve que el inmediato efecto de tales promesas, es alentar á los rebeldes cubanos en su resistencia, y desalentar á los nuestros que los combaten? ¿No saben estos que los derechos individuales, es un arma nueva que puesta á merced de los desafectos á España, duplicará sus esfuerzos, su audacia, y la fuerza de sus ataques?

Desde New-Yorck no tardarán en ir órdenes para resistir á todo trance, seguros de que tales innovaciones políticas influirán para que por distintos medios, por diversos caminos, y con más anchos horizontes, nuestros encarnizados enemigos desplieguen siempre recursos para retardar la pacificación.

Pero tal vez se diga: «¿Es que á Cuba no va eso!» ¡Triste ilusion! Aunque no vaya la ley ir á su espíritu, el cual se infiltrará ántes que en nadie, en esa parte desdichada y sometida que creará rotos para siempre todos los vínculos de subordinacion que imponian costumbres tradicionales. ¿Quién nos garantiza que consumada la promulgacion de esa constitucion, no habrán de desplegar toda su astucia los laborantes, para extraviar la opinion de la clase más ignorante de Cuba, y adulterándola á su sabor, presentar á sus defensores como desobedientes al supremo Gobierno?

Con una rebelion armada enfrente, y otra doméstica á la espalda, ¿será posible la defensa? Y cuando se piensa en la multitud de males que pueden conjurarse, y que lejos de hacerlo, casi se lucha por evocar, para arrojarlos como una maldicion sobre las Antillas, no sabemos qué deba espantarnos más, si esa ceguera, ó



la desdicha de España en tener la suerte de sus provincias á merced de la mayor ó menor discreción de algunos.

¿Por qué no se prescinde en cuestiones tan graves y de tal magnitud de las rencillas de partido? ¿Por qué al tratar estos asuntos no se tiene la magnanimidad de despojarse de los compromisos y de las divisiones, y pensar solo en la grandeza de España, que de tal modo se olvida?

Consideraciones de mayor entidad se han hecho llegar á los que tal apresuramiento muestran por reformar políticamente á Puerto-Rico, todas sin efecto. Solo se les pide que esperen hasta que lleguen los diputados de Cuba; pero tal es su prisa, y tanto se desentienden, que no parece sino que es lo que más les inquieta y más temen, dejando entrever que entonces quedarían en minoría en todas las cuestiones.

Se han hecho esfuerzos inauditos para probar en las Cortes la conveniencia y oportunidad de que Puerto-Rico tenga pronto su Constitución: se ha usado, no de astucia, sino de multitud de sofismas é inexactitudes para hacer ver á los diputados que en todo eran diversas las circunstancias de las dos islas; pero aunque esto fuese cierto (que no lo es), siempre habrá un punto en que hay identidad perfecta, y que nadie se atreverá á negar: que una parte del país, aunque en minoría, es partidaria de la independencia, hace votos porque se conjure la de Cuba, y si no se ha atrevido á alzar la cabeza es por miedo, y contenida por la política fuerte y prudente que allí observa el capitán general; esa fracción espera con ansia los derechos individuales para esgrimirlos como arma de guerra contra España, confiada en que muchas veces las minorías turbulentas y audaces se han impuesto por la fuerza, desde que han tenido medios de acción expeditos: eso no puede suceder hoy, pero eso podrá suceder mañana, y dar lugar á resentimientos tristes como los que presencié la Habana al otorgar el general Dulce lo que hoy se pide con tanta instancia para Puerto-Rico.

El partido separatista existe en Puerto-Rico: astuto, solapado, guarda hoy silencio y hace trabajos de zapa, no solo allá sino aquí: si duda nos quedará de su existencia, sus representantes en la junta filibustera de New-York nos lo están certificando un día y otro.

Hé aquí explicada la gran oposición de Cuba á que *por ahora* se planteen allí libertades políticas. Hay noticias de Cuba para temer, que en el acto sería secundada allí la insurrección de Cuba, que esta sería una diversion militar funesta para el éxito de la campaña, pues dividida la atención de nuestro ejército, y la unidad de mando y operaciones tan necesarios en la guerra, quedaríamos debilitados, los recursos tendrían que ser mayores para concluir, y en definitiva pasaríamos por el inmenso dolor, de que una insurrección que ya agoniza, se reanimara de golpe con tan inesperado auxiliar, y nuestro prestigio y nuestro poder tendrían que sufrir graves ataques.

Y esto que nadie ha dicho en las Cortes y que es una de las más tristes verdades que hoy nos amenazan, es quizás el asunto de esos informes y noticias reservadas que las autoridades de Ultramar han enviado al Gobierno al ser consultados sobre la oportunidad de tratar tales cuestiones.—Nuestras conjeturas se fundan no solo en lo que sobre esto se piensa en las Antillas, sino en la negativa del ministro de Ultramar á comunicar á la comisión esos documentos. Si estaban conformes con la opinión del Sr. Becerra y no revelaban inquietud alguna, ¿por qué no presentarlos? Así hubiera tenido más fuerza la opinión del

ministro contra sus adversarios al verse tan combatido. Si como tememos, aconsejaban la abstención de todo debate en estos momentos, ¿por qué obstinarse en ir contra el torrente de la opinión, y la de los que inmediatamente podían calcular su feliz ó funesta influencia en las provincias que mandaban? La oscuridad y la incertidumbre que ha dejado en todos los ánimos tal negativa, es la que ha hecho sospechar, que las autoridades de Ultramar, creen que hay imprudencias y peligro en que sigan adelante los debates sobre la Constitución de Puerto-Rico.

Estas consideraciones debían bastar á todo el que mira este asunto bajo el prisma de la nacionalidad; pero hay otros de un orden político más elevado que casi conciernen exclusivamente, y son de interés peculiar de los diputados de Puerto-Rico.

Supongamos ya planteada y funcionando esa especie de manzana de discordia, que en las actuales circunstancias amaga el porvenir de las Antillas: supongamos que posteriormente vienen los diputados de Cuba y tranquilamente obtienen otra constitución para su país.

Como lo que siempre tendremos de común, (por más que concedieramos disparidad en todo lo demás), son la heterogeneidad de razas, y el partido separatista, podía resultar que si la Constitución de Cuba era más liberal, el descontento, las quejas y los esfuerzos para ir más allá alterarían la tranquilidad en Puerto-Rico: si lo era menos, como hay solidaridad perfecta en los separatistas de ambas Antillas, volverían las conspiraciones en Cuba, los choques con el principio de autoridad, y nuevas turbulencias, que solo terminarían ó con la fuerza ó con otra reforma constitucional que habría necesidad de venir á obtener aquí.

Además, si no ha de existir un divorcio constante de instituciones y de costumbres en dos islas que deben ser hermanas en todo, es preciso uniformar ó fusionar todo aquello que constituye los intereses comunes de pueblos del mismo origen; y sin un previo acuerdo, sin recíprocas inteligencias y prudentes transacciones, esto sería imposible. Esto solo puede hacerse una vez en la vida, ántes que las divergencias las sancione la ley ántes que echen raíces, y el único medio oportuno es la reunión simultánea de los representantes de esos intereses diversos.

Nadie está más interesado en aplazar estas discusiones, y el arreglo definitivo de su suerte futura que los mismos diputados de Puerto-Rico, pues negándose á ello solo habrán logrado echar la simiente funesta de perturbaciones futuras.

En estos tiempos, en que más de una intención pura se ha puesto en duda: en que la insignie doblez y la perfidia de los antiguos reformistas cubanos, hoy filibusteros, ha avivado la cautela de todo el mundo; y en que la suspicacia casi ha llegado á ser necesaria, después de tantos engaños y decepciones, ¿qué tiene de extraño que en ciertas opiniones muchos crean ver indicios de tendencias peligrosas que por error ó exceso de buena fé, pueden causar daños irreparables?

No teman; al contrario, aguarden con benevolencia el leal concurso de los diputados cubanos, todos los que llevados por impacencias pueriles, é impropias de hombres públicos, fueron con sus exigencias al Gobierno en la triste alternativa de ponerse en pugna con ellas ó con los leales habitantes de Cuba, que si piden aplazamientos no es porque sean reaccionarios, sino movidos solamente por la triste presión, por la fatal tiranía del principio de conservación.

¿Qué perderán con esperar algo más los diputados por Puerto-Rico? Interpongan todo su in-

flujo para que se hagan elecciones en Cuba, y pronto, muy pronto, quizás en el corto plazo de un mes pueden sentarse á su lado sus representantes.

¿Qué temor pueden inspirarles? Ellos vendrán llenos de patriotismo y con el perfecto conocimiento de las necesidades de una y otra Antilla, á ilustrar aquí la opinión, y á ofrecer y aceptar transacciones prudentes.

Si hallan en sus dignos compañeros la misma acrisolada lealtad que á ellos les alienta, serán sus más poderosos auxiliares para exigir y obtener todo lo que merezcan.—Si por el contrario, descubren en ellos ideas ó tendencias erróneas que puedan comprometer nuestra nacionalidad en América, entónces solo encontrarán de frente adversarios terribles é inexpugnables, que contra todos y á pesar de todo, harán en pleno Parlamento lo que sus hermanos hacen hoy en los campos de Cuba contra los insurrectos: combatirlos sin tregua ni piedad.

Antes que tales eventualidades se realicen, antes que nuestros presentimientos se cumplan, lo cual sucederá fatalmente si nuestra política ultramarina no cambia inmediatamente, aún hay medios hábiles de conjurar los males que puedan sobrevenir.

Que el Gobierno inspirándose en la razón de Estado subordine á ella todo interés de partido, y ya que se da el espectáculo lastimoso de la obstinación en una política que todos los hombres leales de Ultramar condenan, no creemos que el general Prim debe seguir prohibiendo tan funesta marcha, ni hacerse solidario de ella. Arrojar el guante á una provincia que tantas pruebas está dando de abnegación, y que tantos títulos tiene á la consideración del Gobierno, acusa una gran imprevisión.

## LOS DEBATES

SOBRE LAS REFORMAS DE PUERTO-RICO.

De un interés primario han sido sin duda alguna los debates que han ocupado desde su apertura la atención de las Cortes Constituyentes. Acababa de vencer una revolución que tendía á destruir instituciones y principios que tenían en el país poderosísimo arraigo; se trataba de alterar por completo los hábitos á que respondía nuestra organización política, desarrollando, quizás con exajeración, doctrinas extrañas á las verdaderas aspiraciones de la opinión pública, intervenían en la discusión, partidos que poseen cuanto existe en nuestra patria de grande en saber é inteligencia, y era natural que dominando la inquietud en los espíritus más decididos, se esperara con profundo desasosiego el éxito de unas contiendas, que encerraban en sí la calma de los días presentes y la prosperidad segura de los venideros.

Todos seguían con zozobra la palabra de los oradores, todos cooperaban en la prensa, las academias, ó la plaza pública al esclarecimiento completo de los problemas que se discutían, afanosos de realizar con sus comunes esfuerzos la más pronta terminación del período constituyente que había de ser comienzo, á juicio de muchos, de un período glorioso para la vida de nuestro pueblo.

¿Quién no recuerda las juveniles espe-



ranzas que suscitaban las reformas, quién no fué testigo alguna vez del entusiasmo con que se creía ver próspero cuanto recibiera el influjo de las nuevas doctrinas, quién no tuvo que deplorar en fin, las consecuencias tristísimas del despecho con que acudían los partidos extremos al desorden de las rebeliones, para buscar en las contiendas armadas, el triunfo que les negaban las discusiones de la Asamblea?

Pasaron, sin embargo, por diversos motivos, los signos de vitalidad que dejamos indicados, llegó el desaliento de la mayoría, la actitud difícil de algunas fracciones y el hastío de la opinión, y aunque se apeló á medios extraordinarios, aunque el poder ministerial influyó de distintos modos para cambiar la apatía de las circunstancias actuales en la actividad pujante de los primeros tiempos, todo ha sido inútil, todo fué estéril para realizar este fin.

Las Cortes Constituyentes consiguieron apenas reunir un número suficiente de diputados para votar las leyes, pasaron desapercibidas medidas importantes para la administración, y tuvo que apelarse á una ruptura que ha de decidir la suerte de la revolución de Setiembre, á una política que exajera violentamente las tendencias más radicales, para que se sintiera en las Cámaras españolas otra cosa que el aplauso, ó la indiferente aprobación de los que se hallaban más ligados por ciertos compromisos, que por los lazos de la conformidad de sus opiniones políticas.

En estas circunstancias difícilísimas, á raíz de acontecimientos que aunque no estamos destinados á juzgarlos, hemos de notar su gravedad, se puso á discusión por instancias del Gobierno, el voto particular presentado por el Sr. Romero Robledo separándose del juicio emitido por la comisión nombrada para dar dictámen acerca de la Constitución de Puerto-Rico.

Los diputados acudieron en gran número, las tribunas recobraron la animación de los días á que nos referimos anteriormente, y el interés de la prensa, la actividad de la mayoría de las gentes, y la trabajosa inquietud de los partidos, era un buen testimonio de que se reconocía por todos la importancia de los debates que se iban á comenzar.

Y es que no se iba á discutir el interés político de un partido, el predominio de ninguna fracción, ni la interpretación de determinadas teorías, sino los deberes generales del país, las conveniencias de la patria, y el prestigio de nuestra nacionalidad. Limitar más ó menos un principio político, determinar mejor ó peor una institución podrá acarrear sin duda complicaciones graves que impidan el bienestar de una nación y la seguridad de su sosiego, pero no podrá causar nunca la

ruina total de un pueblo, y la pérdida de su dignidad.

Así lo comprendieron las Cortes Constituyentes, así lo entendió el país; por eso acudían presurosos con el temor del que ve comprometida su honra, aunque con la esperanza del que confía en su dignidad; por eso escucharon con respetuoso silencio el discurso del Sr. Romero Robledo, por eso miraron con recelo las exageradas declamaciones de algunos diputados puerto-riqueños.

¿Y cómo no había de suceder así?

Los señores Escoriza y Valdés Linares queriendo probar que no existen *vínculos* *ningunos* de analogía entre Cuba y Puerto-Rico, pidiendo con una impaciencia incomprensible el planteamiento inmediato de las reformas, y haciéndose eco de afirmaciones pueriles, ó de quisquillas de un provincialismo estrecho que allí no existe, han demostrado claramente que no estudiaron con la atención que decantaban los asuntos que á las Antillas se refieren, ó que la pasión política los ofusca hasta el punto de equivocar los sucesos, olvidar la realidad de las cosas, y exajerar las que podían servir á su espíritu innovador.

Por eso se explica que el Sr. Escoriza insistiera con tanta minuciosidad ridícula en que el clima de Puerto-Rico no es *absolutamente igual* al de la isla de Cuba, que las producciones tienen también algunas diferencias, que la población se halla más diseminada, y que la moralidad es mayor, como si admitiendo estos datos pudiéramos considerar suficientemente diversas á las Antillas, para ser regidas por leyes que carezcan entre sí de toda similitud.

¿Pues qué, tan estrecha idea ha formado el Sr. Escoriza de los elementos que constituyen una nacionalidad, tan pobre es el criterio con que las juzga, que cree motivo bastante para señalar divisiones entre ellas, esas divergencias que nos indicaba como causas suficientes de separación? Cuando la ley de las nacionalidades agrupa unos á otros territorios estensísimos, por la sola analogía de los rasgos característicos de una raza, cuando responden á este movimiento tantos y tantos pueblos, obedeciendo quizás á una ley providencial que tiende á fundirlos para desempeñar una elevada misión en el progreso de la humanidad, cuando la universalidad de ciertos principios destruye hábitos arraigados por el tiempo y conservados por el agradecimiento de los pueblos que crecieron á su abrigo, para unir á todas las sociedades en el lazo amorosísimo de la paz, y el derecho único, cuando la facilidad de comunicaciones y el aumento de cultura ha multiplicado de una manera visible las relaciones políticas de ambas islas, cuando el calor de la misma patria y la comunidad de intereses ha unificado más los senti-

mientos de sus hijos, ¿cree por ventura el Sr. Escoriza que basta presentar unos cuantos grados termométricos y algunos frutos distintos, para demostrar la existencia de divergencias que autoricen á un Gobierno á separar el régimen político y social de dos provincias hermanas?

Pero se dirá, no son estas únicamente las diferencias presentadas por el diputado por Puerto-Rico; indicó también que la población de ambas Antillas se compone de elementos heterogéneos, puesto que la de Cuba se formó por la emigración francesa de Santo Domingo, mientras que la de Puerto-Rico lo fué por la emigración española de la misma, que en esta última se halla más diseminada, y que es más moral que la cubana, y no se tiene en cuenta que nada, absolutamente nada de lo que con tanta seriedad se afirma tiene en su apoyo ninguna justificación.

La parte de la emigración francesa que procedente de Santo Domingo se estableció en la isla de Cuba, no constituye de ningún modo su población, y no puede ser por lo tanto un elemento de heterogeneidad; existen ciertamente en el departamento oriental algunas familias de este origen, pero de ningún modo pueden considerarse como el núcleo de la población cubana. Allí son todos españoles como en Puerto-Rico, y si el Sr. Escoriza se hubiera tomado la molestia de examinar los apellidos, y los detalles que justifican la importancia de la emigración de Santo Domingo, hubiera tenido ocasión de convencerse de que el escaso número de los individuos de esta procedencia, no pudo en manera alguna adulterar los elementos españoles que constituyen nuestra raza.

Por otra parte ¿de qué deduce el señor Escoriza que se halle más diseminada la población en Puerto-Rico que en la isla de Cuba? puede compararse por ventura su extensión territorial? no sabe el diputado puerto-riqueño que Cuba tiene un número extensísimo de habitantes en las importantes ciudades que posee la isla, á consecuencia de la índole especial de sus cultivos, y que proporcionalmente con su extensión cuenta más número de individuos diseminados en sus inmensos territorios que la isla de Puerto-Rico?

No paró aquí no obstante, la serenidad del Sr. Escoriza, que creído sin duda que sus palabras habían de caer en el olvido, ó que no habían de tener quien las refutase entre las gentes que habían vivido en aquellos países, aseguró que los cubanos yacían en la más funesta inmoralidad, mientras los puerto-riqueños gozaban de una deleitosa calma en que no había virtud que fuera sofocada por los defectos de nadie: y decía esto el señor Escoriza apoyándose en la estadística



tica criminal que consigna cifras absolutas, que no pueden tener similitud racional entre pueblos que tienen tanta diferencia en el número de sus pobladores.

Pero aunque admitiéramos como buenos los equivocados argumentos del señor Escoriaza, aunque supusiéramos que existen diseminados los habitantes de Puerto-Rico y no los de Cuba, que hay algunos individuos más de procedencia dominicana en esta que en aquella isla, que se cometan algunos delitos más en una que en otra, ¿bastaría esto acaso para deducir que por estos antecedentes son necesarios una legislación diversa y un régimen distinto en su organización?

Distinta es la densidad de población en las provincias peninsulares, distintos son también los cuadros de criminalidad, y nunca se ha pensado por nadie que pueda ser esto motivo para alterar el sistema por que se han de regir; accidentes son estos que resultan de antecedentes varios, ocasiones hay en que los producen distinciones occidentales que no pueden quebrantar la armonía de los principios que rigen una nacionalidad, porque admitidas una vez estas peligrosas distinciones, llegaríamos sin remedio á destruir la sociedad ante el más grosero individualismo.

Ahora bien, si esto sucede todos los días en las provincias de la Península, si á nadie se le ha ocurrido quebrantar la unidad nacional por satisfacer ese mezquino espíritu de localidad, ¿por qué hemos de admitir en serio esos argumentos que significan solo las nimiedades á que tienen que apelar los que quieren presentar dividido lo que por tantos medios unió fuertemente la mano de la naturaleza?

Peregrinas fueron como han visto nuestros lectores, las razones del Sr. Escoriaza; más de un testimonio hemos aducido en prueba de los errores en que las apoya; pero confesamos con franqueza que nada nos ha sorprendido tanto como asegurar que no constituyendo Cuba y Puerto-Rico una nacionalidad que exija un mismo sistema de Gobierno, no podía producir mal efecto en aquella, la Constitución que se discutía, y apoyarse principalmente en que los comisionados que asistieron á la junta informativa estuvieron siempre conformes en que las reformas de una isla no tenían nada que ver con las que se aplicasen á la otra, cuando en todas las deliberaciones que se tuvieron, en todos los proyectos se discutía en comun, dentro de las dos escuelas, las leyes especiales que debían proponerse en cumplimiento del artículo constitucional, sin que se distinguiera nunca entre los intereses de ambas Antillas, ni se consideraran diferentes las aspiraciones de sus habitantes.

Repárese con cuidado el Sr. Escoriaza los informes de la junta creada por el señor Cánovas, estudié con detención lo que en ellos se contiene, y cite si le es posible una sola modificación esencial en el Gobierno que se establecía; nosotros por el contrario podremos presentarle numerosos testimonios de nuestras palabras, pues hasta llegó el caso de proponerse, por los que más relación tenían sin duda con el Sr. Escoriaza, que en ciertos casos dependiera de la isla de Cuba algún ramo importante de la organización de Puerto-Rico.

Estos son los puntos culminantes del discurso del Sr. Escoriaza, que verán íntegro en otro lugar nuestros lectores; y que estamos seguros juzgarán del mismo modo que nosotros, cuantos olvidados de consideraciones de partido y compromisos personales, estudien con detención la índole especial de las provincias ultramarinas.

Objeto debe ser sin embargo de lauro, el discurso del Sr. Escoriaza, porque fué causa del que pronunció el Sr. Romero Robledo en defensa del voto particular que había presentado, y en el que confirmó cumplidamente los motivos en que apoyó el aplazamiento de los debates hasta la llegada á esta corte de los diputados cubanos.

Agenos al partido á que pertenece el Sr. Romero Robledo como á todos los que luchan en nuestra patria por dirigir la política al cumplimiento de sus doctrinas, no podrá suponerse que nuestras alabanzas responden á otra causa que á la justicia que debemos, al que ha defendido como bueno la causa de los españoles de Cuba, las verdaderas aspiraciones de cuantos representan en las Antillas las tendencias más nacionales, y á los que luchan uno y otro día por sostener íntegra la nacionalidad de nuestra patria.

Si el Sr. Romero Robledo hubiera hecho cuestión de partido el asunto que se debatía, si hubiéramos conocido que le movía el interés político de la fracción á que pertenece, elogiaríamos como se merece la elocuencia de su discurso, la galanura de su frase, y el apasionado decir con que se hizo eco de los sentimientos patrióticos de los leales de Cuba, pero economizaríamos ocuparnos de lo que no hubiera sido, mas que un nuevo testimonio de la funesta invasión de la política en todas nuestras cuestiones; pero cuando oímos al Sr. Romero Robledo protestar, como hemos hecho nosotros tantas veces, de que apelaba á todos los españoles, que prescindía por completo de las divisiones de la Asamblea para dirigirse sólo á los diputados de la nación, no pudimos menos de abandonar injustificados recelos, y consagrar toda nuestra aprobación, todo nuestro entusiasmo, al que sabía in-

terpretar tan bien los sentimientos de los españoles de las Antillas.

¡Ah! si muchos de los que oían con religioso interés las palabras del Sr. Romero Robledo no hubieran estado dominados de la pasión que los alejaba del diputado unionista; si emulaciones pequeñas, diferencias personales, y antagonismos de partido no hubieran dominado la voluntad de aquellos, seguros estamos que habrían acogido unánimemente el discurso del Sr. Romero, que no representaba teorías inaplicables, ni doctrinas que pudieran excitar la susceptibilidad de nuestros hermanos, sino la voluntad de todo un pueblo que enviaba á la representación nacional por su conducto el testimonio sincero de las necesidades que exige su situación actual.

Por eso fué su palabra fácil; por eso cautivó la atención del auditorio; por eso elevó á gran altura un debate que había achicado lastimosamente la empalagosa peroración del Sr. Escoriaza.

La falta constitucional que se comete con la presentación del proyecto; las torcidas tramas; los medios vergonzosos con que el filibusterismo buscó en las reformas un medio de agitación para desecharlas después, los caracteres separatistas de las insurrecciones de Yara y Lares, la ingratitud con que contestaron los insurrectos á las libertades llevadas por el general Dulce, el deber en que están los diputados de Puerto-Rico de recordar sólo que son representantes de la nación, la división que entre ellos existe, y la negativa del señor Becerra de llevar los informes de las autoridades, contra las prácticas parlamentarias seguidas aun por los ministros más reaccionarios, todo fué analizado por el Sr. Romero, todo fué expuesto con una exactitud que nos obligamos desde luego á demostrar. Quizás habrá algunos que contradigan las inculpaciones que se hicieron á los filibusteros; quizás habrá muchos que consideren exagerada las palabras con que fotografió los amaños traidores de los laborantes; pero si sucede así, nosotros que conocemos prácticamente lo que ha sucedido en Cuba; nosotros que hemos presenciado las vergonzosas perfidias con que han ido preparando los enemigos de España la insurrección de Yara, demostraremos á los que le duden entre nuestros colegas, que si de algo ha pecado el Sr. Romero Robledo, es de describir de un modo sobrado blando la conducta de los insurrectos.

Entre tanto, LA INTEGRIDAD NACIONAL que representa en la prensa el partido leal de Cuba, que ha venido á la Península á desvanecer los errores en que se pueda incurrir algunas veces por la ignorancia de aquellos países, envía al Sr. Romero Robledo los plácemes más sinceros por su discurso, seguro de que interpreta fiel-



mente los sentimientos de todos los que desean que Cuba continúe siempre llamándose española.

Contraste, y contraste notabilísimo ofreció sin duda alguna el discurso del Sr. Valdés Linares en contra del voto que se discutía, con el que en la tarde del mismo día había pronunciado el señor Romero Robledo. Este, desligándose de detalles pequeños, elevaba la cuestión á las consideraciones políticas á que se presta tan importante asunto, aquel se extremaba en achicarla con puerilidades impropias de la importancia de estos debates, este buscaba en teorías generales el cumplimiento de sus argumentos, aquel apelaba á casos parciales, á individualidades aisladas para justificar un acuerdo que estaba destinado á ejercer influencia tan poderosa en la suerte de todo un pueblo.

De aquí que resultara monótono y sobrado largo el discurso del Sr. Valdés Linares, que fatigara mucho la atención de las Cortes, y que resultaran estériles los penosos esfuerzos del diputado puertorriqueño para llevar á los ánimos de todos la certidumbre de sus opiniones.

No debemos constituirnos sin embargo en críticos literarios de estos debates que envuelven tanta importancia política; dejaremos, pues, á un lado las censuras que podríamos dirigir en este concepto al Sr. Valdés Linares, tendremos en cuenta para justificar estos errores, su falta de hábitos parlamentarios, la escasa salud de que disfruta, y el temor que lleva siempre consigo el que carece de experiencia, pero no podremos excusarle los equivocados juicios en que incurrió, y las apreciaciones de que se hizo eco, cuando tanto se había decantado el minucioso estudio que había hecho de tan importante cuestión.

Después de la extensión con que hemos probado que no existen entre Cuba y Puerto-Rico diferencias esenciales que justifiquen la diversidad de legislación, después del análisis minucioso que dejamos hecho de los razonamientos del señor Escoriaza, evitaremos incurrir en nuevas repeticiones, pero siquiera sea ligeramente, no podemos menos de desvanecer ciertos argumentos que se emitieron como decisivos, y que carecen, sin embargo, de toda exactitud.

Suponia el Sr. Valdés Linares, que una vez aceptada la diputación por sus compañeros, no podían pedir el aplazamiento de las reformas, insistía en que si en la isla de Cuba se conoció el decreto disponiendo la elección, no podía pedirse hoy el aplazamiento de unas leyes que eran su consecuencia, sin tener en cuenta que ni los cuatro diputados puertorriqueños que defienden el voto del Sr. Romero, ni los habitantes de la isla de Cuba piden

en la actualidad, ni pidieron nunca la continuación indefinida del *statu quo*; desean mejoras, disposiciones que curen los males de su situación, pero no pueden aceptarlas hoy que carecen de representantes en las Cortes, se hallan divididos por la lucha, y faltos del sosiego necesario para discutir las bases en que han de descansar las reformas políticas de que se trata.

Si Cuba estuviera tranquila, si el movimiento separatista no hubiera adquirido las proporciones que tiene en la actualidad, los diputados de aquella Antilla hubiesen hecho oír en las Cortes españolas los deseos de aquellos habitantes, que no son ni con mucho los que aquí se ha intentado presentar.

Los españoles de Cuba conservan cariñoso homenaje á las instituciones que crearon su prosperidad, pero no se oponen de ningún modo á las modificaciones que son siempre compañeras del adelantamiento de los pueblos.

El Sr. Valdés Linares parecía desconocer las dificultades creadas por la insurrección; hacia poco caso de las doce mil firmas que pidieron el aplazamiento de los debates, y quería presentar en el tan manoseado artículo de *La Voz de Cuba* el testimonio más exacto de la voluntad de las Antillas. Por fuerza contaba el diputado por Puerto-Rico con que no existía en su auditorio ninguna persona que hubiera conocido lo que ocurrió en la Habana á la publicación de esa mal aconsejada protesta, porque si hubiera supuesto que podían ser examinadas sus palabras, ¿cómo había de haberse atrevido á asegurar que el artículo del Sr. Castañón era la verdadera expresión de los sentimientos de Cuba, cuando á los pocos días de publicado, abandonaba la opinión un periódico que había mirado con benevolencia, y causaba quizás con su alejamiento la honda pena que condujo á aquel desgraciado escritor, á la muerte, que había de demostrar que su error no entibió en manera alguna la viveza de su patriotismo?

No, no busque el Sr. Valdés Linares en *La Voz de Cuba* un testimonio serio de las aspiraciones del país, como no invoque tampoco el nombre de las ilustres personas que se dirigían años pasados al general Serrano pidiendo con energía el planteamiento de las reformas, como prueba de contradicción con lo que hoy se solicita.

Entonces no se habían conocido aun los decididos propósitos del filibusterismo, faltaba la experiencia de los sucesos últimos que ha venido á demostrar por completo, que las reformas eran únicamente el pretexto con que se ocultaban las tendencias separatistas.

Verdad que entre otras personas respetables firmaba el ilustre conde de Cañongo, que es la representación más ge-

nuina del sentimiento español, pero ya que tan solícito se ha manifestado el señor Linares en rebuscar noticias y antecedentes antiguos, ¿por qué no dijo también que el documento que citaba había sido redactado por Morales Lemus, que decantaba entonces españolismo, y que trabaja hoy en favor de la insurrección cubana? ¿por qué callaba el Sr. Linares que la del conde de Cañongo, es hoy una de las primeras firmas de la exposición presentada por el Sr. Cánovas del Castillo? ¿Por qué no se hacía cargo del importante cambio que se ha efectuado en el partido leal, la honda ingratitud, la hipócrita mansedumbre y el astuto maquiavelismo de esos fingidos reformistas? ¿Por qué, en fin, no expresaba con franqueza lo ocurrido en la isla que representa, cuando la insurrección de Lares?

¿Basta por ventura decir que fué un motín de excasa importancia un movimiento separatista? ¿Basta asegurar que unos cuantos vecinos lo apaciguaron cuando se sabe oficialmente que solo después de grandes castigos consiguió restablecerse la calma?

Pero ¿para qué cansarnos en insistir más?

Los sucesos responderán á las causas que lenta, pero seguramente los promueven, las agitaciones se desarrollarán si predominan las imprudencias que más de una vez las originaron, y el sosiego abandonado, la prosperidad perdida, serán el testimonio más seguro de los errores que se intenta plantear.

Por fortuna creemos que las Cortes no seguirán una conducta tan funesta, pero si por desgracia de todos sucediera así, si se entregara el sosiego de las provincias ultramarinas á pequeñas emulaciones de partido ó obstinados propósitos de ciertas personalidades, el país que vería disminuir su prestigio, menguar su importancia política, y romperse la nacionalidad que estrechaba en amorosa lazada países de tan gloriosas tradiciones, juzgará con severidad la política que se ha seguido, y huirá medroso de esas libertades exageradas que cuando han predominado, siempre han aniquilado en sus grandes manifestaciones, los rasgos más característicos de nuestro antiguo poderío.

Insertamos con mucho gusto la carta que nos ha remitido nuestro querido é ilustrado amigo D. Vicente Vazquez Queipo que tan bien y con un conocimiento tan profundo de las Antillas viene defendiendo en la prensa las verdaderas aspiraciones de aquellos españoles.

#### ¿CUBA SE PIERDE?

Sr. D. Antonio Gonzalez Llorente:

Muy Sr. mio y estimado amigo: pocas personas conocen mejor que Vd. las ar-



erías y la suavidad con que nuestros *laborantes y simpatizadores* cubanos saben insinuarse en la prensa, aparentando tomar la defensa de los intereses españoles, que suponen sacrificados al *espíritu quijotesco*, de un falso puntillo de honra. Pero sin embargo del conocimiento que Vd. tiene de ellos, me ha de permitir que empiece esta misiva recordándole un período de la carta que, en 28 de Setiembre último, dirigí á los voluntarios de Cuba, y que tuvo la bondad de insertar en el número 13 de su apreciable periódico, cuando veía la luz pública en la Habana. Exhortándolos á que empleasen con decisión y energía todos los medios legales para el triunfo de su justa causa, que era la de conservar incólume la *integridad nacional*; añadía estas proféticas palabras. «Es esto tanto más necesario, cuanto que perdida toda esperanza por parte de los *laborantes y simpatizadores* de alcanzar la victoria en la lucha que provocaron y alientan, han concentrado de nuevo todas sus miras sobre la Península, organizando sus clubs y periódicos dentro y fuera de ella, á fin de extraviar la opinion pública é influir por este medio en el Gobierno y en las Cortes Constituyentes y alcanzar con la maña lo que no han podido con la fuerza. *Sus trabajos no son los de batir en brecha, sino simplemente de zapa.* Ya se presentan con la capa de la filantropía (¡ellos los incendiarios y asesinos!) pidiendo la emancipación inmediata y en masa de la esclavitud; ya la supresión de las aduanas para privar á vuestro tesoro de los recursos que necesita y no puede enviarle el de la Península; ya la imposición de insoportables contribuciones directas, que os hagan maldecir del Gobierno; ya reclamando la libertad de imprenta y los derechos llamados *ilegis-lables*, para escudar con ellos sus ataques á la nacionalidad española; ya explotando la angustiosa situación de nuestro tesoro, ofreciéndole en la venta de la isla á los Estados-Unidos un recurso valioso y de pronta realización; ya finalmente otra infinidad de combinaciones, que todas tienden al mismo fin de emancipar la isla de la dominación española en un porvenir inmediato.»

¿No es verdad, amigo mío, que en estas inspiradas frases predecía y retrataba al vivo la marcha que desde mediados de Febrero viene siguiendo el periódico *La Discusion* ó mejor dicho el articulista que en ella escribe? Observe Vd. sino la táctica de nuestro hábil *laborante*, que no parece sino el vivo trasunto de aquel famoso *Siglo* que Vd. conoció tan de cerca en la Habana. En el número del 18 de Febrero (y tenga Vd. presente la fecha por lo que luego le diré) bajo el epígrafe con que encabezó esta carta, empieza haciendo la reseña poco halagüeña de la guerra que aflige á Cuba; de los titánicos é infruc-

tuosos esfuerzos, que según él ha hecho la España; y de las *dos clases de insurrectos que existen en Cuba* (no olvide Vd. la frase) los unos que quieren la independencia de la isla y su separación; los otros que combaten por sostenerla bajo la dominación de España, sí; pero en provecho propio y como feudo de los privilegiados y favoritos: concluyendo de aquí que el deber del Gobierno es defender la isla *contra ambas insurrecciones*; «pero sin abandonarla, *pues que así cumple* (decía) *á nuestro patriotismo y á nuestro deber.*»

De este modo prepara el terreno y cubierto con la *egida* del patriotismo, como si dijera el fabulista, con la *piel del cordero* ó con el *pellico del pastor*, empieza en su número del 27 de Febrero á mostrar las orejas, ya que no toda la cabeza del lobo que está acechando su presa. En él después de preludiar sobre el tema obligado de la opresión que nos pinta D. Felix Bona en su carta inserta en *La Epoca* del 9 de Octubre, en contestación á la que yo remití á la misma impugnando al *Diario de Barcelona* sobre la *venta de la isla de Cuba*: y después de hacer caso omiso, como es la táctica constante de los laborantes, de cuanto yo contesté á aquel en *La Epoca* del 16 de Octubre y de los retos que le dirigí para que probase esta y otras afirmaciones que en la suya hacía, se nos viene el articulista insistiendo en la manoseada tiranía, que la España ha ejercido sobre los habitantes de la isla, añadiendo con aquel aplomo y aquella *verdad* á que nos tienen acostumbrados nuestros laborantes, que todo pudo remediarse *si á la raíz de la revolución de Setiembre en vez de enviar contra los insurrectos soldados, fusiles y cañones con vagas y frias esperanzas de reformas, les hubiéramos mandado libertades y derechos.* ¿Y esto se dice á la faz de España aun no transcurridos diez y ocho meses de haberles concedido el general Dulce á nombre del Gobierno provisional las mismas y amplísimas libertades conquistadas por la Revolución para la Península? ¿Dónde están los soldados, dónde los cañones y los fusiles que llevó consigo el general Dulce? ¡Plugiera á Dios que así hubiese sido, que otra sería hoy la suerte de aquella infortunada Antilla! Los soldados, los cañones y los buques no fueron sino muchos meses después, cuando caída la venda con que el *Siglo* y sus agentes en esta habían ligado sus ojos, vió claro aquella autoridad la verdad de los hechos, y que las pretendidas reformas no eran más que una añagaza, un mentido pretexto para proclamar la independencia. Así lo decía aquel general al Sr. don Augusto Ulloa en carta que le dirigía desde la Habana, citada en las Cortes por el Sr. Romero Robledo. Así me lo decía también á mí, añadiendo que si

por esta razón me llamaban *recalcitrante*, no sabía que nombre le darian á quien como él creía, en vista del triste desengaño que tenía ante sus ojos, que el único régimen conveniente para los insurrectos de Cuba era el de 1800. Con articulistas que así respetan la verdad de los hechos, vivos todavía en la memoria de sus lectores, no es posible ni aun casi decorosa la polémica. Pero como me he propuesto arrancar la piel de cordero y el pellico de pastor con que se cubren estos nuevos lobos de la fábula, voy á continuar en el análisis de los artículos de *La Discusion*.

En principios del actual bajo el epígrafe *Cuba*, preparado ya el terreno convenientemente, después de insistir sobre los enormes é insoportables sacrificios que, dice, nos cuesta la guerra de Cuba, y la imposibilidad según él de conservar la isla, aborda ya francamente la cuestión, y propone como único remedio su venta á los Estados-Unidos; pero con tan poca fortuna, que ni aun el mérito tiene de la originalidad, pues que mucho antes que nuestro articulista, lo había propuesto el *Diario de Barcelona* con otra maestría y otra fuerza de argumentación, á que no alcanza ni alcanzará fácilmente *La Discusion*. Una vez echado ya el cuerpo al agua nuestro articulista, arroja la máscara con que se disfrazaba y hace ostentación en los artículos del 15, 17 y 23 de este, de su *ardiente patriotismo*... en favor de la independencia y emancipación de Cuba. ¡Siempre la misma táctica! empiezan protestando de su patriotismo defendiendo la conservación de Cuba, para concluir luego proponiendo su venta y emancipación. Si el respeto que me inspira la desgracia, aun en los criminales, no me impusiera el deber de callar ciertos nombres, recordaría las protestas que algunos de los últimamente sentenciados y pasados por las armas en la ciudad de Cuba, hicieron de su españolismo para concluir confesando su delito como conspiradores. ¡Siempre, repito, la doblez, siempre la fé púnica!

Pero este filibusterismo *manso*, como diría el Sr. Rivero, no se limita á repetir un día y otro día las mismas razones, las mismas inexactitudes y gratuitas aseveraciones, mil y mil veces victoriosamente rectificadas y rebatidas, sino que haciendo caso omiso de esto entona el *hossanna* de la victoria, y afirma con la *verdad* que acostumbran, como lo hace nuestro articulista en su reciente número del 23, *que visto el silencio que se guarda*, debe creer que sus razones son concluyentes y no admiten réplica. Y esto lo dice el articulista después de copiar en el número del 17 la impugnación que le dirigió *Las Novedades*, y después de haber rebatido Vd. sus conclusiones en dos sendos y razonados artículos publicados en los



números 2.º y 3.º de LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Pero prescindiendo de esto que como tan reciente es imposible negarlo ¿puede el articulista ignorar la razonada y calurosa impugnación que hice más de seis meses há al *Diario de Barcelona*, cuando propuso la venta de la Isla á los Estados-Unidos, que servilmente, aunque con mucha ménos fuerza de lógica, copia ahora *La Discusion*? ¿Cómo se explica esta ignorancia cuando existe impresa en *La Epoca*, no solo mi carta del 20 de Setiembre, sino la del Sr. D. Félix Bona impugnando algunas de mis razones? Tal vez, amigo mio, encuentre usted la clave del enigma, sin acudir á la Esfinge Tebana, recordando la fecha del 18 de Febrero, sobre la que llamé su atención, en que apareció el célebre artículo *Cuba se pierde*, en el cual se decía que habia *dos clases de insurrectos*, y el artículo franca y eminentemente filibustero que vió la luz pública en *El Imparcial* del 15 del propio mes, escrito segun se dice, por un empleado en un alto departamento bajo las inspiraciones de un elevado personaje, en cuyo artículo se hablaba igualmente de los *insurrectos de la derecha* y de los *insurrectos de la izquierda*. ¿No es verdad, mi querido amigo, que estos dos artículos, publicados sin más intermision que la de tres dias, parecen obedecer á una misma consigna como si fueran *gemelos*, es decir, como si estuvieran escritos por *dos hermanos*?

Pues bien; este artículo en que se me atacaba, con motivo de mis cartas á *La Epoca*, porque yo no soy de los que me oculto el rostro para presentarme al público, llevó su merecido en la carta que le dirijí y publicó *El Tiempo* en su número del 21 de Febrero; como lo llevó tambien la impugnación que me hizo el Sr. D. Félix Bona en la respuesta que le di en *La Epoca* del 16 de Octubre. ¿Cómo, pues, el articulista de *La Discusion* que por el estilo, las ideas que vierte y hasta las expresiones que emplea parece tener grande afinidad y hasta *fraternidad* con el de *El Imparcial*, asegura con la mayor sangre fria, que sus ideas no se han rebatido ni impugnado en la prensa? ¿Quiere Vd. saberlo? porque no les conviene entrar en polémica: ellos saben que no pueden sostenerla, y que por mucho que desfigurasen las razones de sus adversarios, sus lectores, que hoy los creen como oráculos, llegarían á dudar de la verdad de sus asertos; se excitaria su curiosidad, como buenos españoles, acudirían á leer las impugnaciones; y se convencerían de que habian sido victimas de su credulidad y buena fé. Por eso los verá Vd. rehuir la polémica y dedicarse solo á *crear atmósfera* dando como sentado que nadie se atreve á impugnar-

los y arrastando así en pos de ellos y de sus dañadas miras á sus incautos y cándidos lectores.

Pero conocida su estrategia, nosotros, y cuantos con nosotros conservan viva é inextinguible en su pecho la llama pura del patriotismo, debemos oponerles un día y otro día, sin desmayar en nuestro santo propósito, las más SOLEMNES PROTESTAS contra la veracidad de sus aserciones, recordando los hechos, destruyendo sus sofismas, y aclarando los conceptos, aun á riesgo de molestar al público. Así lo ha hecho Vd. victoriosamente en la Habana; así continúa Vd. haciéndolo en la Península; y así me propongo secundarle en tan patriótica tarea en cuanto me lo permitan mis cansadas fuerzas, consagradas constantemente hace más de treinta años á la defensa y conservación de la perla de las Antillas. Poco ó nada podré añadir á lo mucho que sobre este punto tengo escrito; y ménos aun sobre la asendereada cuestion de la venta de la isla á los Estados-Unidos, que he examinado bajo todas sus múltiples fases en mi respuesta á mi digno amigo el Sr. Mané y Flaquer: pero como los contrarios se desentienden de ello con intencionado estudio, y presentan como nuevos, argumentos mil veces victoriosamente contestados, volveré tambien de nuevo á la carga, contando con la bondad conque se ha servido franquearme las columnas de su estimable periódico, repitiéndose mientras tanto de Vd. atento y afectísimo servidor Q. B. S. M.

VICENTE V. QUEIPO.

Hoy 25 de Marzo.

### AL UNIVERSAL.

En un artículo que aparece en *El Universal* firmado «*Rafael María de Labra*,» se dice que las 12.000 firmas que tiene ya la exposicion de los españoles de Cuba, no representan la mayoría de sus habitantes, y alega *por toda razon* que el señor Castañón no quiso firmarla. Por muy respetable que fuese la opinion de este malogrado escritor, parécenos, que entre 12.000 buenos ciudadanos, que afirman una cosa, y los señores Castañón y Labra que la niegan, y que no son *más que dos*, en buenos principios y prácticas democráticas, el Gobierno, las Cortes y la opinion pública deben dar más crédito á aquellos, pues son los más.

Hay ciertas denegaciones y protestas que pecan ya de pueriles, pues no merece otra calificación el empeño de un hombre solo, sosteniendo que deben merecer más crédito sus afirmaciones que las de la mayoría de sus conciudadanos, tan solo por *que él lo dice*.

Lo que sí debe hacerse constar, es que allí no se han levantado voces en contra de esa exposicion, pues pudiendo usar

todo el mundo la misma libertad que tuvo Castañón, nadie lo intentó. Y no por que temieran comprometerse ó hacerse sospechosos, pues nadie atacó á Castañón por expresar francamente sus opiniones, y la prueba es, el homenaje póstumo que ha debido á todos los buenos españoles de Cuba por anteriores servicios.

Es preciso consignar, de una vez para siempre, y para que llegue á noticia de los amigos de nuestro colega, ya que tanto se afana en *desautorizar* la calidad de los firmantes, que representan todo lo que hay en la Habana de más distinguido por su nacimiento, su ilustración, y su riqueza; y si duda quedara, á los que deben *haber olvidado* lo que es aquella sociedad, vamos á escoger á la ventura solamente sesenta firmas entre las 12.000 que tanto escucen á nuestro colega, y que dichosamente llegaron tan á tiempo, para neutralizar los consejos y los informes de los que tan erróneo juicio han hecho formar de las cosas y necesidades de América.

Eso sí, nos atreveríamos á jurar, que *El Universal* se negará á reproducirlas, pues esos pocos nombres significan tanto por su importancia y respetabilidad social, que al aparecer en sus columnas, serán una negación muda y elocuente para tantas aseveraciones gratuitas.

Hé aquí esos nombres, advirtiendo que entre ellos hay no solo de insulares sino de peninsulares.

Conde de Cañongo.

José Rigal.

Anselmo Gonzalez del Valle.

Julian de Zulueta.

Mamerto Pulido.

José Baró.

Francisco Durañona.

Blas Pedroso.

Miguel Antonio Herrera.

Pedro Sotolongo.

Francisco Ibañez.

Francisco Rossell.

Juan Pedro.

Lorenzo Pedro.

Juan A. Colomé.

Nicolás Martinez Valdivieso.

José Olano Calvo.

Ignacio M. Zangroniz.

El Conde de Puente.

Manuel Marsan.

Ramon de Herrera.

J. A. Bances.

Luciano García Barbon.

El Conde de O'Reilly.

José Suarez Argudin.

Tomás Terry.

Agustin Goitisoló.

Francisco Acosta y Alvear.

El Conde de San Ignacio.

Cosme de la Torriente.

José María Morales.

José Eugenio Moré.

Manuel Maruri.



Manuel Ajuria.  
 Juan Conill.  
 Alonso Alvarez de la Campa.  
 Antonio Alvarez de la Campa.  
 José García Barbon.  
 Julian Alvarez.  
 Ramon Caraza.  
 Ramon Sampelayo.  
 José Ajuria.  
 Ramon Martinez Inclán.  
 José Cabargas.  
 Antonio de la Torriente.  
 Nicanor Troncoso.  
 Fernando de Gener.  
 Estéban Santa Cruz de Oviedo.  
 José Antonio de Aizpurua.  
 Gabriel de Cárdenas y Cárdenas.  
 El Conde de Lagunillas.  
 Francisco Aballi.  
 Salvador Baró.  
 José Velez Cabiedes.  
 José Castañeda.  
 Nicolás José Gutierrez.  
 Manuel Martinez Rico.  
 Santiago Alemany.  
 Bonifacio Ximenes.  
 Bartolomé Jimeno.

¿Se negará á publicarlas nuestro colega? De no hacerlo, sentiríamos que, á pesar de su reconocido patriotismo, hubiera algun temerario que sospechara, que para él no representan la opinion de la opulenta Cuba, los afectos al poder español, y los que no tienen simpatías por los insurrectos.

Esas pocas firmas, representan MAS DE DOS MIL MILLONES DE REALES en capitales saneados, y no seguimos enumerando el valor de las demás, porque no nos hemos propuesto hacer la estadística de la riqueza general de Cuba; pero si aseguramos que, los restantes representan tambien elevadísima riqueza y están contribuyendo hoy al Estado, no solo con su sangre, sino con cuotas contributivas. Si nuestro colega nos creyese exagerados, como tiene, segun creemos, franca entrada en las oficinas de Ultramar á todas horas, puede acercarse á la seccion de Hacienda, y en los estados que deben existir de la riqueza imponible de Cuba y de sus mayores contribuyentes, cerciorarse de que solo decimos la verdad.

Créanos nuestro colega; es una tarea improba y estéril la que se ha impuesto, porque unos dias sostiene la conveniencia de vender á Cuba, y otros se esfuerza en decir que nada significan ni valen los que tantos sacrificios están haciendo por defender allí nuestra honra, y es una tarea improba y estéril si se tiene en cuenta que no han de hallar mucho eco esas equivocaciones.

Por lo pronto le aseguramos que en Cuba ha de merecer juicios poco benévolos, pues los que un dia y otro derra-

man su sangre para salvarla, no han de poder explicarse que haya un periódico ESPAÑOL, que los esté rebajando cuotidianamente, proponiendo para ellos por único premio á su heroísmo, que ellos, y sus fortunas, y su honra sean vendidas á los Estados- Unidos.

De nuestro colega *El Eco de España* tomamos la carta que ha publicado acerca de la política seguida por el Sr. Becerra, que estimamos muy importante para juzgar la forma en que se concibe el patriotismo entre españoles de Cuba, que es bastante diferente por cierto de la que por aquí se usa.

«Sr. Director de *El Eco de España*:

Muy señor mio: Llena de amargura y de indignación nuestra alma, tomamos la pluma para presentar cual se merece, ante los representantes del país al hombre que hoy tiene en sus manos el porvenir de tantos españoles, la honra verdadera de la nacion española.

Nos referimos al ministro de Ultramar, cuya insistencia en presentar proyectos que lleven la perturbacion y el desorden á las Antillas, es demasiado significativa, para que no entremos á examinar los móviles que á ello puedan impulsarle. No nos detendremos en alegar razones para demostrar toda la inconveniencia de semejantes proyectos, pues está visto que para dicho señor son inútiles y que en nada estima las que en respetuosa exposicion á las Cortes presenta el casino Español de la Habana, representante de la mayoría de aquellos habitantes, ó mejor dicho, de todos los españoles amantes de su nacionalidad y de sus intereses. Pues qué; ¿de nada valen, para nada sirven los sacrificios que aquellos beneméritos españoles están haciendo, prodigando sus tesoros y hasta su vida en aras del patriotismo? ¿Será posible que tan degenerada se encuentre España, tan indiferentes sus representantes, que dejen en manos de una persona que tan pocas muestras da de españolismo, entregada la honra de la nacion y el porvenir de tan buenos ciudadanos, que el más insignificante es tan acreedor como el señor ministro de Ultramar, á que se le atienda y defienda?

¿No están viendo los señores representantes del país que la conducta del ministro de Ultramar para con las Antillas, lejos de ser la de un verdadero patriota, es la más favorable para fomentar la insurreccion? Y no podíamos atribuir á ignorancia lo que inspira los actos del ministro, pues debe estar perfectamente enterado, por las personas conocedoras de aquel país, de que dichas disposiciones han de causar graves conflictos. ¿En qué puede, pues, estribar su decision, su insistencia en presentar proyectos que nos perjudican, y que nos atrevemos á asegurar no podrian ser obedecidos aun en el caso de ser aprobados? Miopie seria necesario ser en política, para no comprender que el móvil principal que debe animar al ministro de Ultramar, no debe ser otro que el sacrificar los intereses nacionales á uno mezquino de partido, imposibilitando la conciliacion de los partidos, y buscando nuevos pretextos para la completa ruptura con la union liberal. Acusarnos de retrógos á los españoles que peleamos en América, que abandonamos familia, intereses, todo lo que nos es más caro, es una vulgaridad. Lo único que deseamos, lo que queremos, es que las reformas que sean necesarias para aquel país, las que se considere que puedan labrar su felicidad, sean consultadas con nosotros, que somos los verdaderos interesados. Esto es lo que pedimos; esto es lo que tenemos derecho á que se nos conceda.

Cincuenta mil voluntarios y cuarenta mil soldados estamos allí batiéndonos juntos para conservar

ilesa la honra de España y la salvacion de nuestros intereses, y juntos, téngalo bien entendido el ministro de Ultramar, estamos decididos á que esto se lleve á cabo. ¿Qué autoridad tiene para nosotros una persona que, desconocedora de aquellos intereses, ó que no desee ampararlos como debe, quiera llevarnos la perturbacion y el desorden, ó lo que es peor, la desunion entre los buenos españoles? Alerta, representantes del país.

La revolucion en Cuba hubiera ya concluido, no tendria ya motivo para ser, si aquí, en Madrid, no se hubiera estado sosteniendo con esperanzas de proyectos que, como los actuales, habian de llevar la desunion en nuestras filas, y envalentonarse nuestros enemigos. Tened presente, al mismo tiempo, que los españoles de Cuba tienen derecho á que se les oiga sobre determinaciones que tan hondamente afectan á sus intereses y á sus personas.

Y no es esto decir que no queramos reformas. Lo diremos en nombre de nuestros compatriotas. Queremos reformas, queremos ver desaparecer la esclavitud, queremos, en fin, todas las ventajas de los pueblos libres; pero queremos al mismo tiempo, que aquellas sean premeditadas y estudiadas, que la abolicion se verifique en términos que lastime lo ménos posible intereses creados al amparo de la ley; y queremos, en fin, que todo se lleve á efecto, oyendo á nuestros representantes, sin producir perturbaciones ni disturbios que estais en el deber de evitar.

Anticipando á Vd. las gracias por la insercion de este comunicado, queda de Vd. atento y seguro servidor Q. B. S. M.

J. G. E.

### COINCIDENCIA CASUAL.

En el número 96 del periódico *La Revolucion*, que se publica en New-York, como órgano oficial de la junta insurreccional de Cuba y Puerto-Rico, se lee lo que á continuacion reproducimos:

«Documento oficial para el uso de los voluntarios de la Habana. En el número 90, (Jueves 13 de Enero) dijimos á don Segundo Rigal, presidente del Casino español de la Habana, y á los voluntarios, que los liberales de España habian participado oficialmente al Gobierno americano, que muy pronto no tendrian inconveniente en vender la isla de Cuba y Puerto-Rico. Es claro que no tenemos á nuestra disposicion el despacho auténtico en que eso se dijo: pero lo ha afirmado bajo su palabra Mr. Hamilton Fish.

«Ahora, registrando la correspondencia diplomática remitida al Senado de los Estados- Unidos, de la cual acabamos de recibir un ejemplar completo y tal como se imprimió, para uso exclusivo de los senadores, hallamos en ella varios documentos que traducimos á continuacion, para que se enteren los miembros del Casino español de la amenaza de muerte contra ellos proferida por el general Prim, y de la negativa de este á su peticion de aplazamiento de reformas para despues de sofocada la insurreccion; sobre cuya concesion aparece Prim haber comprometido su palabra con el embajador americano.»

«En el despacho núm. 22 (52 de la nu-



»meracion del Senado) y fecha del 25 de »Setiembre de 1869, dice Mr. Sickles á »Mr. Fish.

»Respondiendo á mi pregunta sobre los »voluntarios, me contestó el general »Prim, que el Gobierno estaba resuelto á »no tener una repetición de las escenas »que tuvieron lugar en tiempo del gene- »ral Dulce.»

»Expreséle con cuanto gusto oía eso y »que esperaba que el gobierno habría »también tomado medidas para impedir »las bárbaras crueldades que se habían »cometido. Respondióme que el había »dado órdenes muy severas y positivas.

»Agregóme despues el general Prim, »que en cuanto á los medios de pacifica- »cion que el gobierno iba á poner en »práctica (reformas liberales) era preciso »proceder gradualmente y con toda se- »guridad; que el gobierno se ocupaba en »aquel mismo momento en relactar va- »rios decretos que aplicasen á Cuba la »política liberal; que pronto se expediría »uno aboliendo la esclavitud y decla- »rando libres á todos los nacidos des- »pues de cierta fecha y otras muchas »reformas, *todo* sin aguardar la termina- »cion de la guerra.»

Como patrañas tienen que ser conside- »radas todas esas noticias, al recordar las »palabras que hace muy pocos dias pro- »nunció el presidente del Consejo de Mi- »nistros en la Cámara, negando tales »asertos.

Solo si nos llama la atencion la coin- »cidencia de que hoy, entre los diversos »proyectos de ley que el ministro de Ul- »tramar tiene prontos para presentar á la »Cámara, esté el de antemano conocido y »anunciado por el periódico insurrecto.

¿Cómo estaba enterada en 27 de Enero »la Junta insurreccional de ese proyecto »de ley? Notable es el aviso anticipado »que de él allí se tenía, y más notables »los demás pormenores del artículo en que »lo dá á conocer á los voluntarios. Den- »tro de poco prometemos á nuestros favo- »recedores decirles si en la correspon- »dencia diplomática á que *La Revolucion* se »refiere, hay esas notas ó si es una su- »percheria de la citada Junta, como »creemos.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

A la salida del correo último dejamos á nues- »tros lectores bajo la triste impresion del drama »que tuvo tan funesto desenlace en los campos »de Carabanchel.—Un vástago de sangre real, »atravesada la frente de un balazo, era lo único »que encontraba la policía al llegar al sitio, tea- »tro de tan sangriento suceso.

Toda la prensa hostil al duque de Montpen- »sier, contra lo que siempre ha acontecido en »Madrid, le ha acriminado excitando al Gobier- »no y á los tribunales á proceder contra él, ma- »nifestando, sin embargo, en medio de la viru- »lencia de sus ataques que ambos combatientes »habian cumplido como perfectos caballeros; »pero haciendo arma de partido lo que tratán-

dose de otros cualesquiera ciudadanos se hu- »biera respetado con el silencio.

Los federales, enemigos de la familia de Bor- »bon intentaron una manifestacion tomando »por pretexto de ella el cadáver del infortunado »D. Enrique: dichosamente sus esfuerzos fueron »infructuosos, si es que aspiraban á excitar las »pasiones populares, porque con la excepcion »de dos ó tres parientes del difunto y una logia »masónica que seguía al cadáver, el séquito fué »bien poco numeroso, por el temor quizás de »posible perturbacion de la paz pública.

Han distraído la atencion del suceso, los ru- »mores de crisis y la discusion de la ley de »reemplazo del ejército, discusion precedida »del primer desacato sufrido por el general Prim »despues de la revolucion, al ser rodeado por el »pueblo que se retiraba de una manifestacion »política. Los federales, que combaten cuantas »instituciones condenan segun sus doctrinas, »convocaron á un *meeting* el domingo 13 para »tronar contra las quintas y pedir su abolicion.

Despues de haber sostenidos sus principios, »los oradores que quisieron arengar á las ma- »sas, acertó á pasar por las cercanías el presi- »dente del Consejo, á caballo, con sus ayudan- »tes. Cercado de golpe por multitud de gente »de todos sexos y edades, fué increpado dura- »mente, exigiéndosele que suprimiese las quin- »tas. Por más esfuerzos que hizo para que se le »oyese, y para desembarazarse de los que le ro- »deaban, le fué imposible conseguirlo, y fue lle- »vado entre el gentío hasta cerca de Buenavista, »en medio de vociferaciones é insultos, llegán- »dose al extremo de arrojársele algunas piedras. »Detenidos al instante varios de los que se repu- »taron como agresores, fueron conducidos á su »presencia despues, y tuvo la generosidad de »disponer que se les pudiese en libertad.

Al siguiente dia, al dar explicaciones del su- »ceso, la minoria republicana se excusó de toda »participacion en el hecho, y el ministro de »Gobernacion aseguró que mientras estuviese »él en el poder no volvería á tolerar desmanes »parecidos, ni aquí ni en provincias, y que se- »rían castigados con todo el rigor de las leyes »los perturbadores del orden.

Los partidarios de los enganches voluntarios »en el ejército adquieren el triste desengaño »por los estados presentados á las Cortes, del »poco fruto que ha dado tal sistema hasta el dia, »á pesar de los estímulos con que se ha tratado »alentarlos.

El Gobierno presentó al fin el proyecto de »ley negociando todos los bonos del Tesoro exis- »tentes fuera de circulacion, para enjugar el »déficit del Estado y el de los ayuntamientos.— »Una ruda oposicion lo acogió en la prensa y el »congreso, procurando todos los partidos modi- »ficar las condiciones gravosas con enmiendas »oportunas. La que ha producido más trascen- »dentes resultados en la marcha del país ha »sido la de los unionistas, apoyada por los se- »ñores Cánovas y Silvela.

Estos se proponian garantizar los intereses de »los imponentes de la Caja de Depósitos y de los »ayuntamientos, privando al Gobierno de la fa- »cultad de enajenar los bonos que existian en »seguridad de unos y otros; pero hecha cuestion »de Gabinete por el general Prim, y excitados »los radicales por ciertas frases belicosas que les »dirigió, dieron ocasion á que en un momento »de tumulto indescriptible, el brigadier Topete »abandonara de golpe su puesto, renunciando »de palabra su cartera, y los unionistas y repu- »blicanos votaron poco despues unidos contra el »Gobierno, el cual solo tuvo seis votos de mayo- »ría en una cuestion tan grave; 123 votos contra »117 fueron la síntesis de esa lucha que casi pa- »reció una derrota, pero que ha permitido al »Gobierno seguir viviendo con la sola modifica- »cion de entrar el Sr. Beranger en Marina.

Rota la conciliacion, los unionistas han em- »pezado á dimitir sus destinos, sin que esa con- »ducta acalle la hostilidad de los diarios repu- »blicanos y demócratas.—Mientras los unionis- »tas guardan la mayor reserva y declaran por »boca del Sr. Santa Cruz, que en las cuestiones »de Gobierno tendrá el Gobierno su apoyo, »los republicanos se esfuerzan en atraerse los »radicales, no para dispersarlos del elemento »conservador, sino con la intencion declarada »de absorberlos. Las declaraciones del órgano »del Sr. Sagasta destruyen pronto tales ilusio- »nes, haciéndoles saber que el partido progresis- »ta no se fusionará ni en intereses ni en perso- »nas con ningun otro.

Mientras estos sucesos tenían lugar, la aten- »cion pública estaba fija en las disensiones do- »mésticas de la familia que ocupó el trono, y »que estaban siendo pábulo de la prensa satíri- »ca, y objeto de las amonestaciones del empera-

dor, por ciertas escenas, que comentaba todo »París: al fin parece medió una transaccion en, »virtud de la cual D. Francisco de Asis irá á »viajar, y su pension mensual será aumentada.

El viaje de D. Alfonso á Roma, ha evitado »al pobre niño ser testigo de cuadros tan tristes »de familia, teniendo la compensacion de las »grandes deferencias del Papa y obispos espa- »ñoles residentes en Roma.

De nada de esto habríamos hablado, si de »unos y otros sucesos no hubiera surgido lo »que ha puesto en cierto movimiento á todo el »partido carlista.—Sabido es que D. Alfonso lle- »vó á Roma carta de su madre en que insinuaba »su propósito de abdicar, y de que su hijo acep- »tará las ideas de la época. Al contestar el Papa, »en una de las frases de su carta habla del legí- »timo derecho de ese niño á reinar en España. »Al punto que eso fué sabido por los carlistas, »alzaron el grito empezando á reunirse todos los »centros que tienen en España y en el extran- »jero, para acordar lo conveniente. Nada se ha »traslucido, á pesar de que por la nueva organi- »zacion del partido puede decirse que tienen á »España envuelta en una red.

Las quintas se han votado, y mientras ese »elemento de defensa se salva de empeño de des- »truir todo lo antiguo, hay tres periódicos en »Madrid que hacen esfuerzos, no de ingenio, si- »no de tenacidad para probar á todos los bue- »nos españoles que les trae mucha cuenta tras- »pasar á los Estados-Unidos la isla de Cuba, »quieran ó no sus habitantes.

Para que no les falten plácemes de todo el »mundo, participamos á nuestros lectores que »esos diarios son *La Discusion*, *El Universal* y »*La Revolucion*.—La indignacion del resto de la »prensa de Madrid y provincias ha sido el per- »miso que han obtenido, pero ellos siguen imper- »térritos en su tarea.

Despues de la ruptura, y como alarde de »nueva marcha política el ministro de Gracia y »Justicia y el de Ultramar han presentado todos »los proyectos de ley que estaban detenidos por »deferencia á los unionistas, así como las comi- »siones del Congreso han presentado dictámen »sobre los más graves del orden civil, empezan- »do por el de matrimonio y concluyendo por el »del clero.

*La Gaceta* ha publicado la abolicion de la ne- »cesidad de hacer informaciones de limpieza de »sangre, y otro decreto reformando la contribu- »cion industrial.

Los proyectos de ley de cabotaje en América »y de supresion del derecho diferencial de ban- »dera, parece que al fin serán abandonados, pues »lueven exposiciones y comisiones de todos los »ángulos de España para rogar á las Cortes que »las desestimen: este proyecto, el asunto del »Tribunal de Cuentas y lo poco propicios que »se muestran algunos amigos del Sr. Becerra en »secundarlo en el establecimiento precipitado »de reformas en Puerto-Rico, se teme que al fin »den con él en tierra, sobre todo si se obstinan »en resolver la cuestion social ántes que lleguen »los diputados de Cuba.

Lo de Puerto-Rico ha empezado á discutirse, »siendo desde el principio todos los honores de »la discusion para el Sr. Romero Robledo, que »ha hecho un magnífico discurso, que iguala al »mejor de todos los que ha pronunciado desde »que es diputado.

Ayer ha tenido lugar en la Academia espa- »ñola una gran solemnidad literaria: el ilustre »poeta D. Adelardo Lopez de Ayala, ha sido re- »cibido como individuo de la misma, pronun- »ciando uno de los discursos más bellos y pro- »fundos que se han oído en aquel recinto: la dis- »tinguida y numerosa concurrencia que asis- »tia ha aplaudido repetidas veces la manera »magistral con que ha sido juzgado Calde- »ron y su época, y los chispeantes pensamien- »tos políticos y filosóficos que hacen resaltar el »mérito de tal trabajo.—Tal acontecimiento tra- »tándose de una persona tan apreciada y queri- »da en Cuba, no dudamos que se sabrá con gus- »to por todos los que en medio de la política ó »de los negocios, conservan en un rincón de su »alma el culto y la pasion por las letras, consue- »lo dulce y tranquilo que nunca engaña ni »hasta.

## EXTRACTO

DE LA PRIMERA PARTE DE LA CAUSA CONTRA EL »COMITÉ INSURRECTO DE CUBA.

(Continuacion.)

Echavarría.—(Despues de un prolongado si- »lencio.) Joaquín Santiestevan, Andrés Puente, »y (el preso se arrodilla, quiere estrechar la



mano del fiscal) añade: quiero demostrarle á Vd. que de hoy en adelante me encontrará Vd. tan fiel como si penetrase dentro del alma.

*El fiscal.*—Mire Vd. que no escribo de sus declaraciones nada más que lo que tiene conexión con mis preguntas, y aun así lo que se ha escrito tiene poquísimo interés: ve Vd. que le dejo repetir sus protestas de leal y franco en interminables declaraciones que no habiendo un taquígrafo no es posible consignar en la causa: no diga Vd. más sobre lealtad y franqueza y responda Vd. dónde están los demás culpables.

*Echavarría.*—(Se había levantado y se arrojó otra vez), señor: prenda Vd. á mis cuñados Sanchez, excepto á D. Urbano y al oficial, porque este es buen español, el otro no se ha metido en nuestras cosas y más bien á veces nos aconsejaba, ya sabe que es el asesor de guerra: son mis cuñados los otros dos: pero se lo digo, porque Vd., Sr. Boet, todo lo sabe: yo me siento malo y quisiera retirarme un momento,—lo cual efectuó despues de ratificarse en su declaración y firmarla con el señor fiscal y presente secretario á once de Febrero de mil ochocientos setenta.—Desiderio Echavarría.—Carlos Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

#### DECLARACION DE LOS DEMÁS PRESOS.

Inmediatamente aparecieron los demás presos, uno por uno, pues es necesario evitar la comunicación, y excepto José María Brabo, declararon su culpabilidad con más franqueza que los anteriores, aunque advirtiéndole que ellos no tenían la importancia que Desiderio Echavarría, ni de los Sanchez, y hacen citación de Andrés Puente y Joaquín Santiesteban, Diego Vinagre y otros más; pero de estos otros dicen que solo sospechan; no siendo posible, sin perjuicio de la justicia y aun de la claridad, el consignar cuanto dijeron los presos, y estando casi unánimes, dispuso el señor fiscal que se escriban sus afirmaciones en un careo, excepto las de Juan Francisco Portuondo que considero más interesantes; José María Brabo dice que estaba con ellos, pero que no pertenece á la junta insurrecta, y Portuondo, al considerarse culpable, delata á los Sanchez, con insistencia á Prudencio Brabo, á Eligio Palacios, y es fuerza que quien debe enterarnos de todo es Desiderio Echavarría, que escribía la correspondencia; Portuondo propone decir cuanto recuerde y servir á la causa de España cuando se vea libre en Santiago de Cuba, y decir cuanto oiga y averigüe entre los suyos y preguntado por él.

*El fiscal.*—Tengo entendido que está Vd. naturalizado en los Estados Unidos.

*J. F. Portuondo.*—No señor: si algo ha dicho el cónsul es una oficiosidad: puede Vd. asegurarlo como yo lo demostraré; y firmó con el señor fiscal y presente secretario.—Juan Francisco Portuondo.—Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

*Careo de los presos.*—Se presentaron los presos mencionados y dijo Echavarría:

*Echavarría.*—¿Me permite Vd. que yo les hable un poco?

*El fiscal.*—Hable Vd.

(Echavarría se extiende largamente, viniendo á decir en resumen que nada deben ocultar, que todo se sabe, que él mismo lo ha declarado todo, porque de este modo hay alguna esperanza de indulgencia; José María Brabo pide hablar, y concedido le dice al Echavarría que se ha vuelto loco y otras cosas, disuadiéndole de su confesión y dirigiéndose al fiscal dice:

*J. M. Brabo.*—Créalo, señor comandante, yo conozco á ese hombre y se ha vuelto loco; no ponga atención á lo que dice.

Echavarría permanece un rato callado con la

cabeza baja y apoyada en una mano: los demás presos se declaran culpables, pero reprenden á Brabo y dicen que Echavarría es el principal, le recriminan, y el señor fiscal les hace observar que no se trata de averiguar quien de ellos es más ó menos culpable, sino quienes son los cómplices que faltan: y no pudiendo lograr más declaraciones, dispone que se retiren, pidiendo hablar cada uno á solas con el fiscal, Echavarría y Palacios, y firmándolo todos con el señor fiscal y presente secretario.—Desiderio Echavarría.—Diego Palacios.—Juan Francisco del Pozo.—José María Brabo.—Carlos Daumery (a) Chali.—Bernardo Cabezas.—Juan Francisco Portuondo.—El fiscal.—Carlos Gonzalez Boet, ante mí.—Manuel Vazquez.

Llamando á solas Palacios dijo

*El fiscal.*—Hable Vd. lo que quiera.

*Palacios.*—Le servirá á Vd. mucho prenderá ese tal D. Ramon Garriga y á D. Magin Robert.

*El fiscal.*—¿Por qué?

*Palacios.*—No tengo pruebas, pero sé que pertenecían á nuestra sociedad, aunque muy disimulados: y no teniendo más que añadir, firmo con el señor fiscal y presente secretario.—Diego Palacios.—Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

Compareció Echavarría y con la vénia del señor fiscal dijo:

*Echavarría.*—Estoy entregado á Vd.: ya ve Vd. mi franqueza: ahora espero que Vd. considere de cuanta utilidad le servirá yo si llevo á verme libre; seré completamente de Vd.: yo puedo escribir como si no hubiera pasado nada á los insurrectos que están en los Estados Unidos y á Figueredo y á Donato Mármol; con este existe para mí una amistad muy estrecha y aunque solo por medio de cartas, me distingue mucho un general insurrecto que creo es venezolano y que tiene un apellido vizcaino que no recuerdo en este momento.

*El fiscal.*—¿Dónde tiene Vd. correspondencia ó sus papeles?

*Echavarría.*—Siempre he tenido la precaución de quemarlos, pero los más interesantes mi mujer ya los habrá destruido, porque se lo indiqué al verme preso. (Echavarría reseña sus habilidades para no ser descubierto, asegura que si hubiese sabido que Diego Palacios ya estaba preso, á él no le habrían encontrado.)

*El fiscal.*—¿Cómo firmaba Vd. sus cartas?

*Echavarría.*—Unas veces Aratía, y otras Romerillo; Mármol se me firma Motezuma: yo uso de una clave que no recuerdo bien, porque tengo mala memoria, que conservaba en el papel de un cigarrillo, yo se la diré más adelante que recuerde.

*El fiscal.*—¿Los insurrectos sabrán ya en este momento que está Vd. preso?

*Echavarría.*—No señor: le doy á Vd. mi palabra que preso yo y los que estamos aquí, ya no hay quien escriba en Cuba á la insurrección.

*El fiscal.*—¿Por medio de quien enviaba la correspondencia al interior?

*Echavarría.*—Por medio de Prudencio Brabo que ya se escapó en un bote hace unos ocho días: teníamos el convenio de ocultarnos lo más posible unos de otros: lo que venía del extranjero en algun barco mercante se iba sacando poco á poco en un bote: aquí hay mucha vigilancia y de los americanos tampoco nos fiamos ya mucho: Prudencio Brabo era muy apropiado para entenderse con los individuos de poca posición ó importancia, yo llevaba la parte principal de escribir.

*El fiscal.*—¿Desde cuándo conoce Vd. á Prudencio Brabo?

*Echavarría.*—Hace mucho tiempo: es hombre que vale mucho en mi concepto, muy callado y previsor, se le tenía aquí porque hacía

más falta que en el campo: yo tengo una hija y no tendría inconveniente darle su mano.

*El fiscal.*—¿Pero al marcharse ese agente tan meritorio, según Vd., alguno lo habrá reemplazado?

*Echavarría.*—No señor: aunque nunca creíamos que las cosas llegasen á este extremo, desde que cogió Vd. la correspondencia y á Marcano y demás personal, estábamos con gran desconfianza, y desde hace unos seis ú ocho días que Vd. todavía no se marchaba con el señor conde de Valmaseda, andamos de mala manera; á Vd. le conocen ya bien, y cuando vá Vd. á Cuba se toman más precauciones y se van á una hacienda ó no sale uno de su casa.

*El fiscal.*—¿Ha hablado Vd. alguna vez con el Excmo. señor teniente general conde de Valmaseda?

*Echavarría.*—Sí señor: una vez me llamó porque le presentaron la gala de un bautismo con cintas de los colores insurrectos dándole parte de mi esposa y de mí.

*El fiscal.*—¿Y qué le resultó á Vd.?

*Echavarría.*—El señor conde me habló con energía, pero con tanta nobleza al mismo tiempo que salí agradecido y contento.

*El fiscal.*—¿Cómo correspondió Vd. á tanta nobleza?

*Echavarría.*—Señor de Boet, compadézcame usted.

(El señor fiscal cesa de preguntar y el preso, tras un momento largo de silencio rompe á llorar con mucha congoja.)

*El fiscal.*—¿Tiene Vd. más que añadir por ahora? Y contestando negativamente lo firmó con alguna repugnancia con el señor fiscal y presente secretario.—Desiderio Echavarría.—Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

Llegados los presos reclamados se supo que los dos Sanchez, cuñados de Echavarría y hermanos del asesor de Guerra, habían huido, el uno al saber la prision de Echavarría y el otro en el acto de ir á cojerlo se fugó (dicen) por un tejado.

Tomadas las declaraciones á Joaquín Santiesteban, Diego Vinagre y Andrés Puente, y despues de seis horas próximamente de oír á estos presos, se declararon confesos por medio de careo, habiendo Puente y Vinagre mostrado una tenacidad y habilidad constante: en este estado y necesitando un pequeño intervalo de descanso, dispuso el señor fiscal suspender el acto, para proseguir despues y consignar la confesión de cada uno en lo más sustancial y el careo, firmando el señor fiscal y presente secretario en San Juan á catorce de Febrero de mil ochocientos setenta.—Carlos Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

*Adición á la declaración de Echavarría.*—(Habiéndose Echavarría vuelto loco, según afirmación de un centinela, y pedido á gritos que quería hablar con el señor fiscal), dispuso este su presentación y dijo el

*Fiscal.*—Es preciso que se sosiegue Vd. para lograr hablar, de lo contrario me verá precisado á disponer que se retire Vd.

*Echavarría.*—(Tendiéndose en el suelo y llorando con desesperación.) Señor comandante yo soy un canalla, soy el hombre más despreciable: he citado á mis cuñados en un momento de enagenación, mis cuñados, los Sanchez, son precisamente tan españoles como Vd.; por Dios mi comandante, olvídense Vd. de lo que le he dicho de mis cuñados.

*El fiscal.*—¿Quería Vd. declarar algo? Hable usted.

*Echavarría.*—Señor, no recuerdo si le dije á Vd. que la firma de Prudencio Brabo es «Cándido».

*El fiscal.*—¿Qué importancia le dá Vd. á esto?

*Echavarría.*—Ninguna, porque Brabo y el



mundo sabrán mi prision, y Vd. ha concluido con la asociacion insurrecta, y concluirá y descubrirá ya lo que quiera: por Dios, ¿han matado á mis cuñados? No los veo, y son inocentes; yo los delaté, palabra de honor (la pronuncia tres veces, dándose golpes al pecho), porque fué un momento de locura.

*El fiscal.*—No puedo seguir su explicacion si habla Vd. tan de prisa: me he propuesto que se escriba todo lo literalmente posible cuanto Vd. manifiesta.

*Echavarría.*—Lo que aseguro á Vd. que ya no hay en Cuba quien sepa ni se meta en estos negocios; pero mis cuñados, mis cuñados. ¿Les hará Vd. algo?

*El fiscal.*—La ley los juzgará.

*Echavarría.*—¿Conoce Vd. al Sr. Vinent de Cuba?

*El fiscal.*—Hable Vd. lo que quiera; como fiscal que soy, no importa á Vd. sepa si conozco á determinadas personas.

*Echavarría.*—Yo le entregué una carta de Figueredo, y otra... no recuerdo á quién.

*El fiscal.*—¿Qué sospecha Vd. del señor nombrado?

*Echavarría.*—No sospecho.

*El fiscal.*—¿Cuándo entregó Vd. la carta?

*Echavarría.*—Al principio de la insurreccion.

*El fiscal.*—Yo no deseo sino que me nombre á las personas que trabajaban ahora en Cuba á favor de la insurreccion; respecto á los demás, daré cuenta, y se necesitan pruebas.

*Echavarría.*—¿Conoce Vd. al director de *La Bandera Española*?

*El fiscal.*—Por sus escritos. ¿Sabe Vd. algo?

*Echavarría.*—(sonriendo).—¿Le gustan sus escritos?

*El fiscal.*—Yo apenas puedo leer; pero lo que he visto, ¿cómo no me ha de gustar, si es el órgano y el elogio de España! pero hable Vd. con franqueza; Vd. sabe algo, y no sé por qué teme ya el concluir de decir la verdad.

*Echavarría.*—Datos no tengo, pero fíjese usted como muchas veces en que podía atacar de fuerte y lucir en la defensa de los españoles, no lo hace; tiene setenta ú ochenta palabras, y las aplica siempre con frialdad; yo le enseñaré á Vd. algunos números, y á Vd. no se le ocultará.

*El fiscal.*—¿Cuál es el periodista español que más le agrada á Vd?

*Echavarría.*—Yo no leo más que la *Bandera*.

*El fiscal.*—¿Qué se propone Vd. al mezclar el nombre del director de la *Bandera* en esta causa?

*Echavarría.*—Que tome Vd. el parecer que pueda convenirle.

*El fiscal.*—Todos los recursos del laborantismo no conseguirán adulterar el descubrimiento hecho en Vd. con el arresto de algun inocente.

*Echavarría.*—¡Ah! Como Vd. quiera. (Después de decir muchas palabras inconexas vuelve á tratar de sus cuñados y pide que le fusilen en el acto; después llora amargamente y dice suplicante que confía que volverá á Cuba.) Y para que conste lo firmó con el señor fiscal, manifestando en sus ademanes estar sin conocimiento, y presente secretario.—Desiderio Echavarría.—Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

*Declaracion de Ramon Garriga.*—Después de una hora, próximamente, en que se le tomó declaracion y después de haber llamado á todos los presos, uno por uno, no se pudo probar judicialmente nada contra Garriga y dijo

*El fiscal.*—Si no resulta nada contra Vd., no creo necesario advertirle que cuente Vd. con la libertad: en estas averiguaciones, entre las muchas perfidias de que se valen algunos presos, podrá sufrir la prision algun inocente,

porque si hubiese cierta lentitud en beneficio de las formas, seguiria corriendo la impunidad á los verdaderos criminales, algunas delaciones harán, que es el recurso que ya han emprendido, para que confundiendo con ellos españoles leales, se desconceptúe este procedimiento y mi persona, y se desorienta la conciencia de la opinion: pero yo procuro eludire una nueva emboscada, y hasta los que hayan delinquido, si no se hallan comprometidos en la traicion del presente, serán juzgados de una manera diferente, cual corresponde; y no teniendo en Garriga mas que añadir, lo firmó con el señor fiscal y presente secretario, en la misma fecha y en San Juan de Wilson.—Garriga.—Carlos Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

*Declaracion de D. Magin Robert.*—Después de media hora de declaracion y de los careos, no aparecieron pruebas contra D. Magin Robert, por cuyo motivo dispuso el señor fiscal que quedase interinamente en libertad: y para que conste lo firmo con el señor fiscal y presente secretario.—Magin Robert.—Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

*Declaracion de D. José María Brabo.*—Llamado nuevamente á declarar y exhortado á decir cuanto supiera, manifestó en resumen que era cómplice pero que no era de los principales, que son los Brabos, Echavarría, Portuondo, refiriéndose en estos Brabos al Prudencio que se ha escapado y al otro preso: y para que conste lo firmo con el señor fiscal y presente secretario.—José María Brabo.—Gonzalez Boet.—Manuel Vazquez.

(Se continuará.)

## EL BRIGADIER MENA.

Es bien singular que en esta capital no se tenga noticias del carácter de la defensa de Puerto-Príncipe hecha por el brigadier Mena, cuando no hay un solo ciudadano en Cuba que ignore sus menores y heroicos detalles, aun sin tener á su disposicion el archivo del ministerio de la Guerra; pero han sido tan públicas, tan recientes, y tan llenas de grandeza, que para los que lo ignoren lo concretaremos en las líneas siguientes. Una ciudad grande, con una corta guarnicion de 500 soldados, sin murallas y asediada durante cinco meses por fuerzas diez veces superiores, la ha defendido el brigadier Mena, estando tan incomunicado con el resto de la Isla, que ni siquiera tenia noticias de lo que pasaba en la Habana. Y su mérito no consistió solo en mantener enhiesta la bandera Española á pesar de los repetidos ataques de enemigos crueles y traidores, sino que llevaba su grandeza de corazon hasta hacer salidas casi diarias, para ir á conquistar á tiros en los contornos de la ciudad dominados por los rebeldes los víveres y provisiones de que carecia.

## INGRATITUD.

Tenemos á la vista un documento que podíamos llamar *padron de ingratitud*. Es una declaracion de la legislatura de Yucatan, en que excita al gobierno y á los otros estados de Méjico para que reco-

nozca la república Cubana. Cuando se piensa que los votantes de tal declaracion, ó sus padres, ó sus familias quizás, deben hasta la vida, á la oportuna y caballeresca generosidad del Gobierno español, no sabemos qué deba sorprendernos más, si el olvido de beneficios recibidos, ó la incalificable accion de ir á herir la misma mano que los salvó en dias de peligro y de infortunio.—¿Quién ignora que cuando la gran irrupcion de los Indios hácia las ciudades de Yucatan, y cuando el esterminio de los blancos con el solo fin de aquella rebelion, los auxilios, las provisiones y los soldados enviados por el capitan general de Cuba, llegaron ántes que los de Méjico? A tan espontáneo auxilio debian su salvacion, y hoy nos pagan aquel humanitario servicio, haciendo votos por el triunfo de nuestros enemigos, y porque se nos expulse de Cuba.

En las colectividades, lo mismo que en los individuos, hay indignidades tan enormes, que el mejor comentario es mostrarlas en toda su desnudez á los ojos de todos los hombres de honor y de corazon.

## ÚLTIMA HORA.

Aunque hemos prorogado hasta ahora muy avanzada la entrada en prensa de nuestro periódico no podemos aumentar ninguna noticia á las que hemos dado de los debates que ha suscitado el voto particular del Sr. Romero Robledo.

El gobierno ha gestionado con el Presidente de las Cortes para que se comience á discutir las leyes orgánicas, y hasta esta noche es seguro no se reanudara la discusion que tan extrañamente venimos analizando.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Se reciben suscripciones á este periódico en esta redaccion, *plazuela de Santa Catalina de los Donados, núm. 2*, y en las librerías siguientes:

*Duran, Carrera de San Gerónimo; Leocadio Lopez, calle del Carmen; San Martin, Puerta del Sol; de la Victoria, pasaje de Matheu. Universal, Calle del Arenal, 16.*

Las personas que quieran suscribirse desde provincias, pueden hacerlo, lo ménos por un trimestre, enviando el importe á esta administracion.

PRECIOS Y CONDICIONES DE SUSCRICION.

En Madrid. . . . . 4 rs. al mes.  
En Provincias. . . . . 15 rs. trimest.

IMPRENTA DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Calle de los Dos Amigos, núm. 10.



